

Presencia
Martes 20 de Julio
de 1993. p. 2

“tribuna

¿Un nuevo Ministerio? Sí: para cultura, ciencia y comunicación

Por Luis Ramiro Beltrán S.

Es reciente nota de prensa Mariano Baptista Gumucio, sobresaliente promotor de la actividad cultural en Bolivia, ha sugerido al inminente nuevo gobierno establecer el Ministerio de Cultura. Esta iniciativa tiene sentido. Es cierto que la cultura es en nuestro país, infortunadamente una cenicienta. Y que seguirá siéndolo mientras permanezca adosada, en condición menesterosa, al Ministerio de Educación. Algo semejante puede decirse de otros formatos como el ensayado durante el gobierno del Presidente Siles Salinas al establecer el Ministerio de Información y Cultura. El Ministerio de Educación es demasiado grande y complejo para que pueda dar a la cultura la atención y los recursos que ella merece. Y el Ministerio de Información, de magros recursos y tradicionalmente concentrado en la propaganda gubernamental, tampoco es el socio ideal para lo cultural. Baptista Gumucio tiene, pues, mucha razón cuando propone que se constituya el Ministerio de Cultura para sacar a ésta de aquella condición de cenicienta. Pero hay otras cenicientas que son parientes de la cultura. Son la ciencia y la comunicación. Y la redención de todas tres puede considerarse vital para el cumplimiento de las aspiraciones del nuevo gobierno que el pueblo boliviano acaba de elegir democráticamente.

Ningún país puede aspirar a superar el subdesarrollo si no es capaz de aplicar libre, juiciosa y creativamente la ciencia y la tecnología a las múltiples y diversas necesidades del pueblo. Sin investigación científica y experimentación tecnológica propias un país está condenado a ser subalterno pasivo de la ciencia y tecnología provenientes de las naciones más desarrolladas del mundo. Y no se trata de suponer, desde luego, que, dados su atraso y pobreza, nuestro país fuera a pretender suplantar esa influencia foránea para operar del todo por cuenta propia. Se trata principalmente de aplicar aquella con prudencia, racionalidad e imaginación y, en lo posible, de adaptarla a nuestras particulares realidades.

Pieza de apuntalamiento vital para el desarrollo de la ciencia y la tecnología es la información científica, hoy organizable con la ventaja de los sistemas electrónicos y telemáticos.

Pero todo ello está desdenado en Bolivia a la fecha. A diferencia de muchos países de la región -por ejemplo, México, Chile, Colombia, Brasil, Argentina y Perú- donde funcionan desde hace buen tiempo vigorosos Consejos Nacionales de Ciencia y Tecnología, en Bolivia sólo se ha logrado establecer para ello en el Ministerio de Planeamiento una División. Nunca ha tenido ésta, empero, ni la jerarquía, ni la magnitud, ni los recursos necesarios para realizar una labor amplia y eficaz. Y a la fecha esa disciplina languidece casi agónica en dicho portafolio, relegada a un nivel

de ínfima importancia, claramente muy inferior al divisional. Recientemente se han iniciado emprendimientos para aliviar esta grave situación desde la Vicepresidencia de la República. Por otra parte algunos considerables esfuerzos realizados por varios años -contando inclusive con asistencia técnica y financiera del exterior- para establecer un sistema nacional de información (científica y tecnológica) fracasaron sofocados por la incompreensión, la suspicacia o, inclusive, la oposición.

Así la ejecución de los planes para el desarrollo nacional carece hoy virtualmente de apoyo sustantivo en materia de investigación e información sobre ciencia y tecnología, reduciéndonos al deplorable papel de adoptadores irracionales de lo foráneo cuando no de copistas ciegos de ello. Tal subordinación es característica del subdesarrollo extremo. Y, sin embargo, no tendría por qué ocurrir en Bolivia puesto que hay en este país el elemento humano calificado para establecer adecuados servicios de este rubro en apoyo de todos los planes, programas y proyectos para el desarrollo nacional.

Al fin, tras largos años de sordera y miopía, gobiernos y organismos internacionales han llegado a abrazar públicamente la convicción de que no puede haber desarrollo nacional sin justicia social. Esta noción conlleva a otra: que el desarrollo no es puramente económico y material sino social y cultural. Y el corolario de ambos razonamientos es que sólo puede haber democracia plena y auténtica cuando hay un desarrollo signado por el “rostro humano” de la equidad. Ahora bien, ¿se puede lograr el desarrollo humano -el que demanda multitudinarios y difíciles cambios de conducta de la población- sin contar con un adecuado servicio de comunicación para la educación masiva y no formal? ¿Será alcanzable la justicia social sin el concurso instrumental de la comunicación social?

En Bolivia, como en el resto de la región latinoamericana, existe hoy la conciencia clara de que, llevada a extremos, la economía de libre mercado, lejos de favorecer esa equidad, ha contribuido a ampliar la brecha entre la opulencia de las minorías y la miseria de las mayorías. Así lo acaba de manifestar la jerarquía católica de Bolivia. La reunión cimera de los mandatarios de los países iberoamericanos realizada la semana pasada en Brasil ha expresado muy claramente la necesidad de corregir cuanto antes ese peligroso y cruel desequilibrio.

Sin desmedro de valerse de las virtudes del libre mercado, el Estado tiene, por tanto, que intervenir para asegurar la equidad.

Bolivia es uno de los tres países de más acentuado subdesarrollo en la región y en los que se manifiesta más agudamente la inequidad en la distri-

bución de los recursos para la subsistencia y el desarrollo. Los muy bajos indicadores de salud y saneamiento, así como los de vivienda y los de educación, así lo demuestran.

Para superar esos niveles no sólo hacen falta recursos materiales y financieros. Hace falta la capacidad de inducir a la población a que adopte una serie de comportamientos: ideas, actitudes y prácticas. Esta intención choca con barreras de diversos tipos. Y ellas sólo pueden ser salvadas mediante un gran esfuerzo sistemático de comunicación educativa con individuos, grupos y masas. Tal esfuerzo tiene que tomar muy en cuenta, por supuesto, la diversidad cultural y la pluralidad lingüística que caracterizan a la realidad boliviana. Pero, lamentablemente, el Estado boliviano no tiene ni la orientación ni la capacidad necesarias para emprender esa tarea de persuasión colectiva para el desarrollo social y democrático. Así las metas que se enuncian en los planes gubernamentales sobre salud, educación, vivienda, etc. son prácticamente inalcanzables, debido en grado apreciable, a que no se cuenta con la estructura de comunicación educativa necesaria para atender a cabalidad el requerimiento.

Varios entes estatales producen ocasionalmente algunos materiales de comunicación para el desarrollo. Pero lo hacen en forma casi siempre inadecuada y, por tanto, de mínima eficacia. Esto proviene de la carencia de un organismo estatal competente para orientar a apoyar a todos los demás en sus necesidades de comunicación técnico-educativa. Además la radio y la televisión del Estado no cumplen actualmente las obligaciones para las que fueron creadas: propiciar la integración nacional, apuntalar la educación y estimular la cultura. Escasamente diferenciables de las emisoras comerciales en cuanto a forma, privilegian en cuanto a contenido mensajes de publicidad política propagandística. Mientras esto siga siendo así, no podrá haber el desarrollo con equidad que hoy todos proclaman como causa justa y apremiante en la nación democrática.

Por todo ello, yendo un poco más allá de lo atinadamente propuesto por Baptista Gumucio, puede afirmarse que sería muy deseable que el nuevo gobierno considerase, sin prisa pero con firmeza, la creación de un Ministerio de Cultura, Ciencia y Comunicación Social como instrumento crucial para contribuir a dar viabilidad al “Plan de Todos”. Aprovechar todos los recursos hoy existentes en dispersión y con debilidad y obtener recursos adicionales sería el requisito básico para esta urgente y justificada edificación institucional.

Luis Ramiro Beltrán, comunicador.
Premio MacLuhan de Comunicación.